

El hombre y el piojo. Curiosidades

En la obra de Brehm y en la de Walckenaer, se informaba sobre algunas curiosidades referentes a los piojos que fueron reportadas por diversos autores en sus viajes alrededor del mundo, tanto por lo que respectaba al despiojamiento de los afectados como a la costumbre de alimentarse de ellos. Así, reseñaban que los indios del Brasil raramente tenían piojos, pero en cambio eran muy frecuentes en algunos colonos “*cuya pereza y suciedad son extremas*”. Y era posible comprobar que algunas madres rechazaban casar a sus hijas para no verse privadas en su vejez de un experto que les extrajera los piojos. Brehm añadía que “*había en Lisboa en el siglo XVIII hombres que tenían por oficio ofrecer babuinos para despiojar y los alquilaban a tanto por cabeza para limpiarlas. El mono se subía a la espalda del paciente y le quitaba los piojos de la cabeza*”.

En Europa, a finales del siglo XIX se seguían despiojando las cabezas con los mismos sistemas tradicionales que siglos atrás, y un buen ejemplo de ello es el famoso poema *Les chercheuses de poux* (Las despiojadoras), escrito en 1871 por el controvertido autor francés Arthur Rimbaud.

*Quand le front de l'enfant, plein de rouges
tourmentes,
Implore l'essaim blanc des rêves indistincts,
Il vient près de son lit deux grandes sœurs
charmantes
Avec de frêles doigts aux ongles argentins.*

Cuando la frente infante, con sus rojas
tormentas
Convoca al blanco enjambre de los sueños difusos,
Llegan junto a su cama dos hermanas
risueñas
Con sus gráciles dedos de uñas plateadas.

*Elles assoient l'enfant auprès d'une croisée
Grande ouverte où l'air bleu baigne un fouillis de
fleurs
Et, dans ses lourds cheveux où tombe la rosée,
Promène leurs doigts fins, terribles et charmeurs.*

Sientan al niño frente al ventanal abierto,
Donde el aire azul baña torbellinos de
flores
Y por su denso pelo preñado de rocío
Sus dedos se pasean, seductores, terribles.

*Il écoute chanter leurs haleines craintives
Qui fleurent de longs miels végétaux et rosés
Et qu'interrompt parfois un sifflement, salives
Reprises sur la lèvre ou désirs de baisers.*

Él, escucha cantar de sus hálitos tímidos
Que expanden amplias mieles vegetales y rosas
Y que interrumpe a veces un silbido-saliva
Que los labios absorben o ganas de besar.

*Il entend leurs cils noirs battant sous les silences
Parfumés; et leurs doigts électriques et doux
Font crépiter, parmi ses grises indolences,
Sous leurs ongles royaux, la mort des petits poux.*

Escucha sus pestañas latir en el silencio
Perfumado; y sus dedos, eléctricos y suaves,
Provocan los chasquidos, entre indolencias grises,
De los piojillos muertos, por sus uñas de reina.

*Voilà que monte en lui le vin de la Paresse,
soupir d'harmonica qui pourrait délirer:
L'enfant se sent, selon la lenteur des caresses,
Sourdre et mourir sans cesse un désir de pleurer.*

Y un vino de Pereza sube en él, un suspiro
De armónica, capaz de llegar al delirio:
Y el niño siente, al ritmo lento de las caricias,
Como brotan y mueren sus ansias de llorar.

Jean-Charles Houzeau de Lehaie (1820-1888), periodista y viajero belga que vivió durante un tiempo en el norte de México, decía que había visto familias de indios sentarse en línea sobre el suelo y cada uno tomar los piojos de su vecino. Una opinión popular atribuía el desarrollo rápido de los parásitos entre los indígenas de América a la dulzura de su sangre, pues apenas toman sal, pero Houzeau explicaba que “*la fecundidad de estos insectos es tan grande que es inútil buscar otras causas favorables a no ser la insuficiencia de cuidados en la higiene*”.



Imagen nº 13 (izquierda). Una madre napolitana buscando piojos en la cabeza de su hijo. Fotografía realizada por Giorgio Sommer (1834-1914).

Es conocida la historia que cuentan los cronistas de Indias sobre Hernán Cortés, que encontró en el tesoro de Moctezuma¹ algunos sacos conteniendo piojos, fruto de un tributo de los antiguos aztecas. El cronista de Indias Bernal Díaz del Castillo, en su *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*, aseguraba que era “pulido y limpio y se bañaba cada tarde, nunca utilizaba su ropa más de un día”. Además, contaba que estando el rey prisionero a cargo de Pedro de Alvarado, y aprovechando que Hernán Cortés se encontraba en el golfo de México, ordenó la matanza del patio del Templo Mayor, alegando que los aztecas estaban preparando sacrificios humanos para la fiesta del Tóxcatl, y con esta excusa se preparaba una trampa para atacar a los españoles. Sin embargo, parece ser que estos quedaron impresionados por las joyas y el oro que tenían los nobles y el ataque se ordenó sin previo aviso y fueron asesinadas entre 300-600 personas desarmadas, tal vez más. Hernán Cortés regresó a toda prisa para calmar los ánimos y Moctezuma, que estaba prisionero para evitar la furia de sus súbditos, se asomó a la balconada de su palacio, instando a sus seguidores a retirarse. Pero la población contempló horrorizada la supuesta complicidad del emperador con los españoles y empezaron a arrojarle piedras y flechas y lo hirieron de muerte.

Bernardino de Sahagún, otro cronista de Indias, citaba una versión azteca que aseguraba que los nobles mexicas, al no ser ya más útiles, fueron ejecutados aplicándoles el garrote y sus cuerpos arrojados a la calle. Entonces, los españoles se dedicaron al expolio de todo el tesoro depositado en el palacio real, donde se encontraron con unos sacos llenos de piojos que servían como tributo anual al rey Moctezuma.

Francisco Cervantes de Salazar, en su *Crónica de Nueva España*, contaba que un día antes de morir el monarca mandó llamar a Cortés para aconsejarle cómo debía tratar a su pueblo, del que no tenía un gran concepto, pues lo describía diciendo que “éstos no hacen cosa buena sino es por miedo; destrúyelos el regalo y humanidad en los Príncipes; son amigos de holgar, dados a todo género de vicios, y si yo no los ocupara hasta hacerles dar tributo de los piojos, no me pudiera valer con ellos ...”

Un relato similar, con ciertas variaciones, fue obra de otro cronista de Indias, Antonio de Herrera y Tordesillas, autor de la *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra Firme del mar Océano que llaman Indias Occidentales* (1601-1615). Parece cierto que se hallaran los sacos con piojos que formaban parte del tributo que propietarios y enfermos entregaban a Moctezuma en señal de vasallaje. Sin embargo, no hay seguridad que el insecto encontrado fuera en realidad el piojo, como se divulgó a partir de aquel momento, y hay autores que creen que podía tratarse de una langosta pequeña, que actúa como plaga de las plantas gramíneas y se asemeja al piojo.

¹ Moctezuma II, rey de los mexicas o aztecas entre 1502 y 1520.

Numerosas poblaciones de muy distintas regiones del mundo se han alimentado de insectos a lo largo de la historia, y aún lo hacen actualmente, básicamente saltamontes y langostas, termitas, larvas y adultos de coleópteros y lepidópteros, y también chinches, hormigas, insectos palo, libélulas o pulgones. En cambio, por lo que respecta a los piojos, se tienen noticias de algunas comunidades que se alimentaban de ellos, pero las informaciones son escasas y quizás debería concluirse que, en general, era una costumbre no muy extendida.

El gran historiador griego Herodoto (s. V aC.) fue probablemente el primer autor que informó sobre la ingestión de piojos por parte de los hombres, y en su *Historia*² escribía que una tribu de nómadas del Asia central llamada budinos, “*que forman una nación grande y populosa, tiene los ojos muy azules y rubio el color... siguen la profesión de pastores y son los únicos en aquella tierra que comen sus piojos*”.

Muchos siglos más tarde, el religioso e historiador inglés Samuel Purchas escribió en su obra *Purchas, his Pilgrimage* (1613) que “*los indios de la provincia de Cuena (México) que están infestados de piojos se peinan y acicalan unos a otros, y este ejercicio lo suelen hacer las mujeres, que se comen los piojos que recogen*”; y lo mismo comentaba el cirujano y explorador británico Lionel Wafer, que acompañando al capitán William Dampier en su expedición a México, vio que los nativos del istmo del Darién tenían piojos en la cabeza y se comían a todos los que encontraban³.

George Dixon⁴ contaba en su obra *A Voyage Round the World* (1789) que “*de la misma manera que la perra muerde las pulgas de sus crías y que los monos se comen los piojos, ciertos salvajes se los llevan a su boca una vez los han recogido. Los indios de la antigua América rusa, ahora Alaska, que subsisten a duras penas, comen piojos cuando los víveres son escasos*”. El capitán Portlock reportaba en la misma obra de Dixon que estando en Portlock’s Harbour (actual bahía de Portlock, Canadá), se vio obligado a dejar uno de sus marineros en tierra como rehén: “*este desgraciado, viviendo en el mismo medio que los indios, fue invadido muy pronto por los piojos, y como la costumbre de tenerlos no lo había vuelto insensible a estos huéspedes molestos, se encontraba en una situación muy desagradable. Finalmente se determinó a pedir ayuda a una de las mujeres indias para que se los quitara. Aquella mujer, mirando sin duda los insectos parásitos como un manjar apetecible, se puso a la tarea de todo corazón y en poco tiempo lo hubo limpiado completamente*”.

El naturalista y explorador británico Alfred Russell Wallace decía lo mismo sobre los indios amazónicos en su trabajo *On The Insects used for Food by the Indians of the Amazon* (1853): “*los piojos de la cabeza de los hombres son más bien una delicadeza y no un artículo alimenticio, y se los cogen de la misma manera que los monos en el zoológico. Un par de bellezas indias dedicarán una media hora a la investigación entomológica de sus trenzas brillantes y cada captura será inmediatamente transferida, con gran entusiasmo, a la boca del operador*”.

² Libro IV, 21, 108-109.

³ William Dampier. *Voyages and Descriptions* (1699).

⁴ Capitán de marina inglés, sirvió al capitán Cook en su tercera expedición a lo largo de la costa noroeste de Norteamérica; y más tarde exploró la Columbia Británica y Alaska hasta la China.

De igual manera reportaba el naturalista sueco Anders Sparrman, uno de los discípulos de Linné, sobre los hotentotes de África del Sur, que “*tienen esta sucia costumbre que comparten con los monos*”⁵.

Otro viajero, el alemán Peter Kolben informaba que “*los hotentotes comen el más grande de los piojos que los infestan. Y una vez preguntados el motivo por el cual son capaces de comerse unos animales tan detestables, ellos recuerdan la ley de la venganza, y aseguran que no es ninguna vergüenza comer al que te quiere comer. Ellos absorben nuestra sangre, y en venganza, nosotros los devoramos*”⁶.

El viajero y naturalista Andrew Steedman reportaba acerca de los “cafres”⁷ que “*excepto las ocasionales zambullidas en un río, nunca se lavan, de manera que sus cuerpos se cubren de gusanos. Sucede a menudo que un cafre realiza para otro la buena obra de recoger estos insectos, en cuyo caso preservan el piojo y cuidadosamente se lo entregan a la persona que lo tenía, pues, de acuerdo con sus creencias, esta debe ser quien lo mate y se lo coma, pues si su sangre fuera tomada por un vecino, éste estaría en posesión de algún tipo de influencia superhumana*”⁸.

Jacques-Julien Houtou de Labillardière, botánico y naturalista francés que participó a las órdenes del almirante Entrecasteaux⁹ en la expedición de rescate del conde de La Pérouse a Australia, escribió en obra *Voyage à la recherche de La Pérouse* (1799) que “*hace mucho tiempo que las mujeres de los desgraciados pueblos de Australia comen los piojos que recogen sobre las cabezas de sus hijos y se los comen*”.

Carl Sofus Lumholtz, explorador y etnógrafo noruego, también trató sobre los nativos australianos en su obra *Among Cannibals*, publicada en 1890. Sobre los aborígenes de Queensland (noreste de Australia), con los que había convivido durante un tiempo, decía que “*no están afectados por las pulgas, pero en cambio están llenos de piojos, que son más grandes y de un color oscuro y muy diferentes a los comunes *Pediculus capitis*. Frecuentemente vagan perdidos y van a sus cuartos, pero afortunadamente no encuentran allí lo que necesitan para vivir. Estos insectos se encuentran también en sus cuerpos y a su poseedor se le puede ver cazándolos constantemente, una ocupación ciertamente agradable para él, pues hablando llanamente, simplemente se los come.*

Los nativos también practican este deporte entre ellos para satisfacción mutua, y es una actividad que evidencia la amistad que los une. Si un hombre negro desea mostrar lo contento que está al encontrar a un viejo amigo, se sienta, toma su cabeza en su regazo y empieza a buscar los pequeños animales que molestan a los nativos, y todos los que encuentra se los come”.

⁵ *A voyage to the Cape of Good Hope from the year 1772 to 1776.*

⁶ *The present state of the Cape of Good-Hope* (1731).

⁷ Cafre es una palabra que proviene del árabe *kāfir*, pagano, y se refería a los habitantes de raza negra que vivían en la parte oriental del sur de África.

⁸ *Wandering and Adventures in Interior of South Africa* (1835).

⁹ El almirante Entrecasteaux (1737-1793) fue encargado de ir a la búsqueda del desaparecido conde de La Pérouse y de su expedición científica a bordo de los barcos *Boussole* y *Astrolabe*. A pesar de sus esfuerzos no pudo cumplir la misión, aunque pasó muy cerca de Vanikoro (pequeña isla perteneciente al grupo de las islas Solomon), lugar donde naufragaron los dos navíos por culpa de los arrecifes.